

Doña Urraca De Castilla

**Memorias De Tres Canónigos : Novela
Histórica Original**



FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

El reinado de Doña Urraca de Castilla y de León, es uno de los más oscuros y embrollados de nuestra historia. Tenemos sin embargo acerca de él un libro, de los que suelen, más que en ninguna nación, escasear en la nuestra; unas Memorias contemporáneas. Ocultas, y de muy pocos conocidas por espacio de más de seiscientos años, hasta que aparecieron impresas a fines del pasado siglo, merced a la laboriosidad del P. M. Florez, han sido posteriormente no muy leídas por la repugnancia que inspira una historia abultada y escrita en un latín semibárbaro y en muchos pasajes ininteligible.

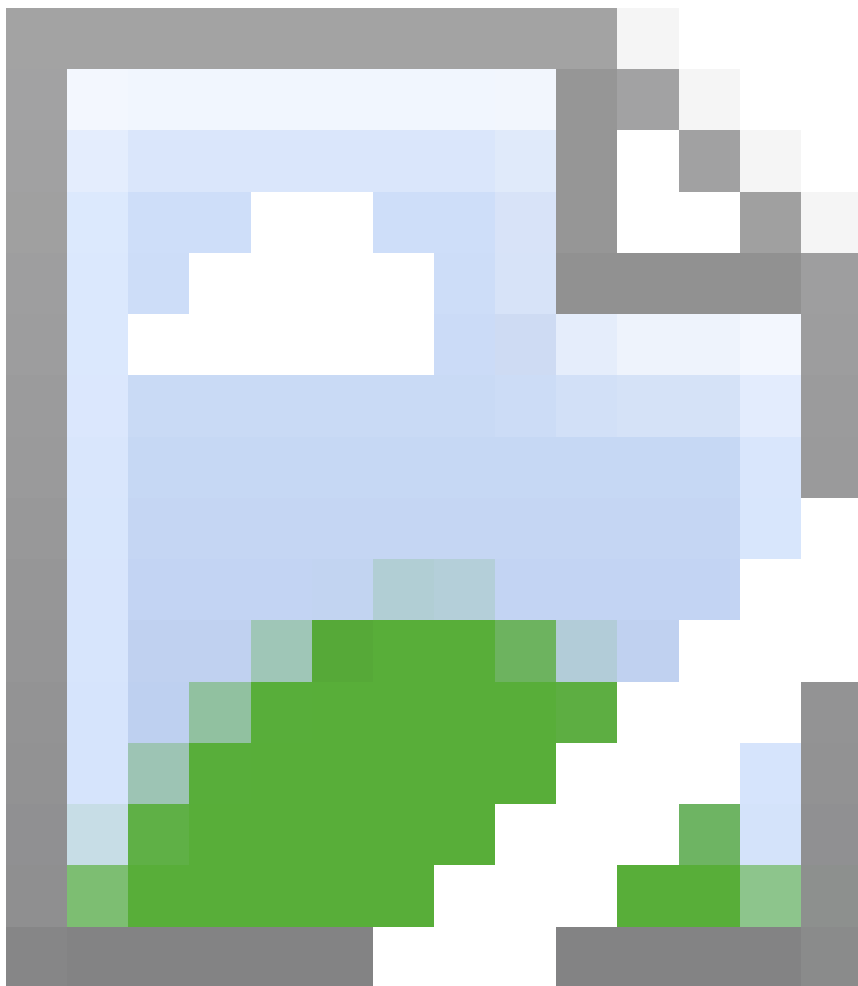
A LOS SEÑORES DON LUCAS Y DON FELIX
NAVARRO VILLOSLADA.

Amados tíos: ahí va esta obra, al frente de la cual he osado poner el nombre de ustedes respetable por sus sólidas virtudes, respetable por su dignidad sacerdotal. Esta obra es una novela, y temo por lo mismo haber abusado de la confianza que me inspira su cariño, dedicándoles un escrito de este género. Pero no tengo otra cosa mas seria y mas importante que ofrecerles; y como después de mis padres son ustedes las personas á quienes debo mas en el mundo, porque les debo la educación, el peso de la gratitud es bastante grave para mí, y tenia yo cierta impaciencia por aligerarlo.

No es ahora, sin embargo, mas liviano. La gratitud puede ser comparada al sol, que derramando luz y calor en todo el universo, jamás pierde un solo grado de vigor y de intensidad, un átomo de su fuego perdurable.

Madrid 30 de diciembre de 1848.

Francisco Navarro Villoslada





F. Navarro Villoslada

PRÓLOGO ^[1].



No deja de ser extraño que abundando tan poco entre nosotros las *Memorias* particulares, podamos contar con una obra de este género, precisamente en el reinado de doña Urraca, en que tanto escasean los escritores. El hecho es cierto, por fortuna del novelista; especie de minero que rebusca el oro entre las arenillas del río, mientras el historiador, despreciando tan menudas partículas, no se contenta menos que con sacarlo á manos llenas del cri-

dero.

A fines del siglo pasado aparecieron impresas las *Memorias* del primer arzobispo de Santiago, don Diego Gelmirez, escritas por tres canónigos de aquella catedral desde los años 1102 á 1139. Aunque en la impresion tienen por título, *Historia Compostellana*, y por él han sido constantemente citadas; su verdadero nombre es *Registro*, y por tal quiso el prelado que fuesen conocidas. En efecto, estan encabezadas con las siguientes palabras: *Incipit primas liber Registri Venerabilis Compostellanæ Ecclesæ Pontificis Didaci Secundi*: «Comienza el libro primero del Registro del venerable obispo de la iglesia compostelana Diego segundo.» Los que conozcan la propiedad de la palabra latina *registrum*, y sepan que la de *memoriæ*, en la acepcion de escrito, no se ha empleado nunca en este idioma sino acompañada de *magister*, para significar el encargado de los libros en que se conservaban las cosas memorables del imperio, no tendrán dificultad en confesar que *Registro* en el siglo XII es lo

que se acercaba mas á lo que hoy se comprende con el nombre de *Memorias*.

El tituló ademas está de acuerdo con la obra: á escepcion de las seis primeras páginas, solo se refieren en ella los hechos propios y particulares del obispo y de su iglesia. Tiene ademas la circunstancia de haberse escrito dia por dia, conforme los sucesos iban acaeciendo: la pluma sigue la marcha de los acontecimientos: con ellos se detiene, con ellos vuela y se precipita.

Dos canónigos, amigos íntimos y familiares de don Diego, llamados Nuño Alfonso y Hugo, español aquel y francés este, recibieron el encargo de ir anotando diariamente cuanto á sus ojos pasaba, y consignando en el pergamino las revelaciones y confianzas de su señor y prelado.

No transcurrió mucho tiempo sin que uno y otro fuesen elevados á la dignidad episcopal, y al partirse á sus respectivas iglesias, constante don Diego Gelmirez en su propósito de legar á la posteridad noticias importantísimas y secretas acerca de su pontificado, encomendó á Gerardo, canónigo tambien de Compostela, la continuacion del Registro.

Prosiguió el nuevo escritor la tarea de sus compañeros; las *Memorias* estan escritas de letra suya hasta pocos años antes del fallecimiento del obispo: la muerte sin duda cortó al mismo tiempo el hilo de la vida del historiador y el de la historia, y como suele, debió cortarlos de improviso; pues en el último capítulo no hay una palabra siquiera que indique la intencion de suspender el relato.

Mas de seiscientos años han permanecido ocultas, casi para todo el mundo, páginas tan importantes; pero al fin, gracias al celo y laboriosidad del P. Florez, á quien tanto deben las antigüedades españolas, la *Historia Compostelana* ha visto la luz pública, derramando no poca sobre el oscuro y turbulento reinado de doña Urraca de Castilla.

No es este resplandor el único que nos ha guiado: mas confuso, pero tambien mas suave y misterioso, hemos visto vagar entre los escombros de un castillo incendiado, el fan-

tástico fuego de la tradicion. A favor de uno y otro hemos osado penetrar en ánditos tan intrincados y tortuosos; y después de romper las zarzas y malezas que cubren la entrada de esa negra y profunda sima del siglo XII; después de espantar y aturdir las aves de mal agüero de nuestra propia ignorancia y pereza, hemos descendido al hondo, y allí, como á don Quijote en la famosa cueva de Montesinos, nos ha sobrecogido el sueño, y han cruzado por nuestra fantasía visiones, ora dulces y deleitosas, ora terribles y ceñudas, y hoy que estamos despiertos no podemos asegurar si fueron reales o aparentes.

El que tenga curiosidad de averiguarlo, lea el Registro, lea las crónicas: consulte después la tradicion que hemos consignado en un escrito. Si en el libro hay algo que no esté ni en uno ni en otro, imaginado será por el novelista: si no hay nada, como sospechamos, nuestra será la redaccion, nuestra la forma: el drama, de la historia.



LIBRO PRIMERO.



CAPÍTULO PRIMERO

En que se da comienzo á la peregrina
Historia de la Reina doña Urraca.



Los españoles del siglo XII no tenían mas caminos reales que los construidos para la explotación de las minas de plata, ó para las necesidades de la guerra, durante la dominación romana, y el que devotos peregrinos, con sus pies descalzos, abrieron desde los Pirineos á Santiago de Galicia.

Este arrecife se hallaba en mucho mejor estado que los otros, y, acaso pudiéramos añadir, que nuestras modernas carreteras. No se conocían, es verdad, en tan largo tránsito paradores, ni guardias civiles, ni peones camineros: en cambio no escaseaban los conventos generosamente hospitalarios: las hermandades primero y luego los caballeros de las órdenes militares, defendían á los piadosos caminantes de los harto frecuentes y poco gratos encuentros de infieles y bandidos; y con respecto á la recomposicion del camino baste decir, que se consideraba como una obra de caridad, en que solían ejercitarse los monjes y los pueblos.

Construido con anchas baldosas de forma regular, que aun hoy se ven entre la yerba, en algunos trozos que han podido resistir al resfriamiento de la piedra y al transcurso de los años, bien se conoce que estaba destinado á pedestres viajeros, con la mira de facilitar y proteger la peregrinación. A este mismo deseo, que crecía con el espíritu religioso, debióse la institucion de los cambiadores que á las puertas de las ciudades se colocaban con sus mesas doradas y pintadas, sus arcas y balanzas, para cambiar á los extranjeros las monedas de su pais por las equivalentes de Leon y de Castilla. De trecho en trecho se establecian hospitales, se erigian monasterios, se levantaban puentes; y

para que los romeros de diversas naciones tuviesen en la Península una segunda patria, fundábanse ciudades como Santo Domingo de la *Calzada*.

La de Santiago comenzaba en Roncesvalles, atravesando todo el reino de Navarra por Estella, Logroño, Nájera hasta Santo Domingo; y de aquí se dirigía á Burgos, Carrion, Leon, Astorga, ciudad entonces del reino de Galicia recientemente incorporado á la corona de Castilla, y tocando por último en Lugo, terminaba en las murallas de la Jerusalem hispana.

Por el opuesto lado, hácia el Sur, arrancaba otro camino desde Portugal, empalmando con el del Norte en la tumba del hijo del Cebedeo.

De esta suerte la osamenta de un hombre oscuro que murió degollado en Palestina, trasladada en una navecilla hasta el puerto de Iria, y sepultada cuatro leguas adentro de la costa, en medio de selvas inaccesibles y de breñas tan solo de fieras habitadas; la osamenta de un pescador que permaneció ignorada por espacio de ocho siglos, al ser de improviso descubierta, vióse al punto en comunicación por un lado con los que entonces se llamaban confines de la tierra (*Finis terræ*), y por otro con Europa, con todo el orbe cristiano.

Nada exageramos al decir que las desnudas plantas de los peregrinos abrieron primeramente esa larga calzada, que cruzaba la España casi en línea paralela con la costa cantábrica: el camino de Santiago en aquella época era el mas frecuentado de toda la cristiandad: llegaban los fieles á bandadas de los mas remotos países: imponíase la peregrinación, no solo en penitencia por los confesores, sino en castigo por los tribunales, y era voz común de que el viaje tenia que hacerse en vida, ó después de la muerte, por los mismos justos, antes de subir al cielo. La calzada de estas almas en pena era la *Via lactea*, conocida por el vulgo con el nombre de *Camino de Santiago*.

Esta santa y célebre ciudad, rodeada de montañas de lozana y triste vejetacion, se ofrece repentinamente á la vista de los caminantes cubierta casi siempre de negras nubes, que levantándose de las vecinas cumbres, se estienden luego por el ámbito poco dilatado de un cielo ceniciento, figurando el fúnebre crespón tendido sobre el túmulo del Apóstol.

Los peregrinos, de consiguiente, no logran divisar las torres del templo suspirado sino cuando estan encima de la ciudad, y las dos opuestas eminencias, desde las cuales se descubre, tienen un nombre tan gráfico y significativo, que basta solo enunciarlo para que el mas rudo conozca de dónde procede y bajo qué sentimientos ha sido inspirado.

La altura del Norte llámase el monte del Gozo; la del Sur el monte del *Humilladero*.

Si quisiéramos averiguar por qué el aspecto de la antigua Compostela infunde á los unos afectos de júbilo, y de humildad y veneracion á los otros, quizá presentaríamos una prueba mas de la verdad y filosofía que revelan siempre las denominaciones populares.

Los romeros que venian de apartadas regiones, de Alemania, de Inglaterra, de Moscovia, de Egipto y aun de Persia, cruzando á pie la Europa entera para prosternarse delante de un altar, al ver las pardas cúpulas que lo cobijan, debian sentir antes que nada un júbilo inefable. Para estos aquella montaña tiene el nombre de su primero y mas vivo sentimiento: *el gozo*.

Los peregrinos que por el lado opuesto se acercaban, no solían traer muchas jornadas, ni venir mas lejos que de la Península: menos vivo el placer por consiguiente, cedia el puesto á la veneracion y acatamiento. Aquellos hendian el espacio con aclamaciones de júbilo: estotros humillaban la frente, clavando en tierra los hinojos.

En tan devota postura, y en la cumbre del *Humilladero*, ó del *Humilladoiro*, segun se llama en el dialecto del país, al ocultarse el sol al extremo del monte Pedroso y detras de

las negras torres de Altamira, que resaltaban vigorosamente en el vivo rosicler de los celajes de primavera; veíase un joven peregrino descubierta la cabeza, poblada de larga cabellera negra y lustrosa, cual desatadas trenzas de seda; pero naturalmente rizada en bucles, que hubiera envidiado la mas apuesta dama de la córte de doña Urraca de Castilla, de su marido don Alfonso el *Batallador*, ó del joven Príncipe don Alfonso, hijo de la primera; personas todas, como se ve, íntimamente unidas con los vínculos del parentesco, y que á la sazón vivian completamente separadas, con su corte y sus cortesanos, con sus partidarios, y derechos, y encontradas pretensiones.

Pero volviendo al noble peregrino, y así lo llamamos, puesto que lo largo y adobado del cabello nos está indicando que salia de la esfera vulgar de villanos y pecheros; no debemos pasar en silencio una circunstancia que depone en pro de su estremada piedad, y es que vuelto el compungido rostro hácia las torres de Conpostela, el bordon inclinado al brazo y ambas manos al pecho, dejaba caer perennes lágrimas de sus ojos sobre la blanca piedra en que estaba arrodillado, y sobre el ancho sombrero que al lado yacia.

Mientras con tanta devocion, al parecer, oraba el mozo de la negra cabellera, otro peregrino, que debía ser compañero suyo, porque con él se habia detenido, entregábase con no menos fervor á un ejercicio, si no tan santo, mas sustancioso y nutritivo, cual era el de despachar al estómago tasajos y lonjas de cecina ahumada y seca, que de un zurrón de pellejo de cabra iba sacando; y suavizaba la aspereza de la vianda con menudos tragos de vino de Valdehorras, que en la calabaza traia.

Para ejecutar esta operacion con la comodidad posible en un páramo tan solo poblado de antiquísimos robles, de tiernos helechos, de puntiagudos tojos ornados de amarillas flores; el segundo peregrino, á quien sin duda los años habian secado á la par el jugo de los cabellos y de la devo-